



El río
de una
sola orilla

Guinea, del crimen del río
Etumbe a la independencia

José Antonio
López Hidalgo

Calligraf
Novela negra

**El río de una sola orilla.
Guinea, del crimen del río Etumbe
a la independencia**

José Antonio López Hidalgo

Edicions Cal·lígraf
Figueres, 2015

Primera edición — abril 2015

Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL
Monturiol, 2, 1er 1a
17600 Figueres
Tel. (0034) 615 261 764
www.edicionscalligraf.com
info@edicionscalligraf.com

Diseño de la colección

y maquetación

Jaime Vicente

Imagen de cubierta

Daniel Torrent

Impresión

DC PLUS, Serveis Editorials

ISBN

978-84-944004-0-7

Depósito legal

GI-746-2015

© del texto

José Antonio López Hidalgo

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

*Queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización por escrito
de los titulares del copyright,
la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluyendo
la reprografía y el tratamiento
informático. Las infracciones
de estos derechos están
sometidas a las sanciones
establecidas en las leyes.*

El origen

Siempre me gustó abrir un libro y quedarme unos instantes oliendo el papel, la tinta, el cuero de la encuadernación. Le ocurre a mucha gente. Pero desde niño relacioné esa impresión intensa con lo que me explicaban vagamente sobre el concepto de la felicidad. Luego intervino el tacto, sin prisa, recorriendo la geografía de las páginas con las yemas de los dedos, con los ojos cerrados. La vista parecía entonces un sentido demasiado acaparador, anulaba otras sensaciones. Leer fue un acto de magia fascinante, aunque en realidad a mí los libros no me atraían por su contenido sino por lo que significaban como objeto.

En la adolescencia me enteré de que insectos, hongos, humedades podían descomponer cualquier libro si encontraban condiciones propicias. Lo trataban como era necesario hacerlo con la materia de la que procedía; al fin y al cabo lo animal y lo vegetal acaban por corromperse, no puede disfrazarse su esencia anterior. Y supe también que existía un oficio

que reparaba parte de esa destrucción, la detenía incluso, curaba las heridas de los libros. Decidí aprenderlo y, después de años de estudio e investigación, me he convertido en un profesional bastante hábil.

Creo que ahí empieza todo.

El mensaje que llegó a mi correo hablaba de una biblioteca en un lugar de África y se acompañaba de imágenes de estanterías abarrotadas de libros dañados por el exceso de vida. Los insectos y los hongos lo devoraban todo, con una persistencia feroz y, al parecer, irremediable. Sentí una punzada de ansiedad y angustia. No hay libro por el que no se pueda hacer algo. Después de algunas alabanzas hacia mis probadas virtudes como restaurador, se me solicitaba consejo para tomar una última medida que al menos retrasara el deterioro de los volúmenes y los archivos más importantes. Respondí que no existe nunca una solución uniforme, cada libro necesita su diagnóstico y su tratamiento particular, y nada de eso puede hacerse desde la distancia. Supuse que no volvería a tener más noticias. Me ocurre con cierta frecuencia, posibles clientes se escandalizan de respuestas que consideran reproches y, sobre todo, del presupuesto. Ya lo dijo Machado, «todo necio confunde valor y precio». Sin embargo, al cabo de dos semanas recibí otro mensaje en el que se me ofrecía el viaje, el alojamiento y la manutención si me veía capaz de poner un límite fiable a esa terrible destrucción que alentaba sin pausa el clima tropical. Aquel era un desafío hermoso, no me importaba renunciar a mis honorarios habituales si corrían con el resto de los gastos. Lo calculé co-

mo unas vacaciones pagadas. La biblioteca estaba en Luba, en la isla de Bioko, Guinea Ecuatorial, la antigua colonia española sobre la que apenas había oído hablar, uno de esos países a los que ni siquiera presto atención si, de pronto, aparece en los titulares del periódico. Exótico y lleno de posibilidades. Me contrataban, por llamarlo de alguna manera, los frailes claretianos, que hicieron hincapié en que lo suyo no consistía en un negocio lucrativo. Sospecho que temían que acabara regateando una vez allí.

Los preparativos del viaje me entusiasmaron, a pesar de las vacunas y el tratamiento obligatorio para protegerme del paludismo. La lista de enfermedades que Guinea prometía resultaba agobiante, pero mi ilusión en marcha rebasaba cualquier tipo de aprensión. Me veía yo mismo como un libro que se arriesgaba también a ser devorado por virus voraces; era un reto para mi propio cuerpo que hasta entonces no había abandonado la saludable y templada atmósfera peninsular.

De mi primera impresión al aterrizar en el país prefiero no hablar. Los excesos del petróleo producían un territorio feo, entre el vertedero gigantesco y la exhibición faraónica. En el aeropuerto me esperaba Amadeo, un guineano pequeño, sonriente y de muy pocas palabras. Agradecí que me sacara con rapidez de aquella decadencia barnizada. En la carretera de Luba comenzó el alivio. Después de unos minutos de fincas de cacao la selva se impuso, durante un tiempo largo, denso, balsámico. Árboles enormes, unos junto a otros, compitiendo para alcanzar una apariencia

poderosa. Era una visión para un lenguaje completo donde no sobraban adjetivos ni verbos ni sustantivos ni adverbios ni pronombres, pero incluso con todo el idioma no podía abarcar mis propias sensaciones al contemplar el bosque exagerado. Quizá Amadeo hubiese compartido conmigo esta opinión, porque solo aceptaba preguntas con las que fuera capaz de responder exactamente sí o no. Para el resto oponía un silencio impenetrable, o dejaba escapar entre los labios un siseo desconfiado, como serpiente en aviso. Entonces no lo juzgué hermético, sino parte de ese juego exótico en el que me iba adentrando.

En el interior del edificio de los frailes claretianos, que ellos llamaban solemnemente la misión, me esperaba el padre Mauricio, que había sido designado para recibirme y ponerme al corriente de las circunstancias. Me dijo que resultaba imposible alojarme en la propia misión, no había espacio disponible, y habían pensado en enviarme cada noche con Amadeo al seminario de Banapá, cerca de Malabo. La carretera había mejorado mucho y el trayecto, como yo mismo había podido comprobar, no superaba la hora de viaje. Pero al final se habían decidido por un viejo caserón colonial, que se encontraba a media hora de camino a pie, donde a veces se instalaba a ciertos invitados; tenía un par de habitaciones modernizadas y eso significaba alguna comodidad, aunque nunca sería tan confortable como un hotel, por supuesto.

—Supongo que querrá ver la biblioteca.

—Estoy deseándolo.

—Antes debo advertirle que no se le permite

sacar ningún libro, y no hay excepciones. Disculpemos, pero hemos sufrido muy malas experiencias en el pasado.

—Me parece correcto, siempre que se respete mi trabajo y nadie entre durante los días que tarde en restaurar los libros. El tratamiento puede ser tóxico, además de frágil, y también yo he sufrido muy malas experiencias en el pasado.

La mirada del padre Mauricio desmintió la amabilidad de su sonrisa. No me gusta que me presionen o que me introduzcan en el saco de los individuos sospechosos. Me di cuenta de que me sentía bastante tenso.

—¿Es usted católico?

—Me bautizaron, pero no ejerzo.

Podría haber añadido que, respecto a ese tema, también había sufrido muy malas experiencias en el pasado. Por suerte el cansancio no me había privado del sentido común.

—Se lo decía porque celebramos unas misas espléndidas los sábados y los domingos, al estilo africano, con música, canciones y bailes. Impresionan, sobre todo si se acude con más fe que intención de asistir a un espectáculo.

No hizo falta prolongar la conversación. Habíamos llegado a la biblioteca que, en apariencia, presentaba un aspecto humilde. En cuanto vi los ejemplares enfermos, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Estaba delante del paraíso de los insectos devoradores de papel, toda una civilización xilófaga extendida entre páginas apelmazadas y lomos de cuero. Pedí permiso para empezar de inmediato. Creo que el padre Mauri-